



LA PRIMERA DAMA DEL MUNDO

Eleanor Roosevelt fue mucho más que la primera dama de Estados Unidos. Su incansable activismo social y humanitario la llevó a convertirse en una de las mujeres más influyentes del siglo xx.

EVA MILLET, PERIODISTA

Sobrino de un presidente americano –su tío fue Theodore Roosevelt–, Anna Eleanor Roosevelt (Nueva York, 1884) tuvo ya de niña un vínculo cercano con el poder, que sabría utilizar como pocos para el bien común. Ella y su marido, Franklin D. Roosevelt, presidente de Estados Unidos de 1933 a 1945, constituyeron la espina dorsal de una administración brillante que sacó al país de la Gran Depresión. Pe-

se a que el suyo fue un matrimonio con altibajos, la influencia de Eleanor resultó clave en la carrera y las decisiones políticas del presidente que más tiempo ha ostentado el cargo. En sus doce años en la Casa Blanca, Eleanor revolucionó la función de primera dama. Trabajadora incansable, feminista, escritora, luchadora por los derechos humanos y la justicia social, su papel en la historia no acabó con la muerte de su esposo en 1945. Fue también



LA PEQUEÑA ELEANOR (a la derecha) con su padre y sus hermanos Elliott y Hall a finales del siglo XIX.

presidenta de la comisión que redactó la Declaración Universal de los Derechos Humanos, aprobada por Naciones Unidas tres años después.

Relaciones desiguales

Durante su infancia, Eleanor vivió ajena al importante e intenso futuro que le esperaba. Pese a haber nacido en Nueva York, en una familia acaudalada de la llamada “América victoriana”, no fue una niña feliz. Su padre, Elliott Roosevelt, hermano menor de Theodore, era alcohólico. Su madre, Anna Hall, fue una dama tan hermosa y bien relacionada como fría y distante con su hija mayor. Eleanor era alta, desgarbada, con dientes grandes e irregulares, y siempre supo (“en el modo en que un niño sabe de estas cosas”, escribió en su autobiografía) que su aspecto resultaba decepcionante para su progenitora. Su madre no tenía reparos en sentarse a conversar con sus dos hermanos, Hall y Elliott. Eleanor, excluida, permanecía de pie, junto al quicio de la puerta, mirándolos. Pese a su afición a la botella y sus devaneos (dejó embarazada a una sirvienta),

Elliott Roosevelt fue un hombre muy afectuoso con su hija. Le contaba historias y paseaba con ella, enseñándole a contemplar el mundo y a hacerse preguntas. Era también el único que le decía que era guapa: “Me hacía sentir valiente”, describió Eleanor.

En 1892, cuando tenía ocho años, su madre murió a causa de la difteria. Los tres hermanos fueron a vivir a casa de su abuela, Valentine Hall. Allí, Eleanor desafiaba algunas de las estrictas normas

TRAS ESTUDIAR EN INGLATERRA, ELEANOR ERA UNA PERSONA NUEVA QUE SE MANEJABA CON CONFIANZA

de la casa, como no leer en la cama antes del desayuno. La pequeña se levantaba a las cinco de la mañana para sumergirse en las novelas de Dickens que le había regalado su padre. Dos años más tarde, éste moriría tras lanzarse por una ventana. Cuando le dieron la noticia, Eleanor solo acertó a murmurar que le habría gustado “poder haberle visto otra vez”. Las desgracias familiares no acabaron aquí: poco después la escarlatina acabó

con la vida de su hermano Elliott. Eleanor se volcó entonces en el cuidado del menor, Hall, y trató de adaptarse a las circunstancias. Una institutriz la educaba en casa, y su tiempo libre lo pasaba leyendo, trepando a los árboles y jugando con sus jóvenes tíos y tías maternos. De vez en cuando, su estricta abuela le permitía visitar a su tío preferido, Ted (Theodore) Roosevelt, quien ya era un político emergente en la escena nacional.

Reinventarse desde cero

Durante toda su vida, la curiosidad fue uno de los motores de Eleanor Roosevelt. A los quince años la impulsó a convencer a su abuela de que la enviase a estudiar a Gran Bretaña. Lo consiguió: ingresó en Allenswood, un internado para niñas cerca de Londres. Su directora era Marie Souvestre, una maestra progresista y afectuosa, cuya influencia resultó fundamental para la joven Eleanor. Pronto, la alta y desgarbada muchacha norteamericana se convirtió en la estrella del colegio, tanto en el ámbito académico como en el deportivo. En Mlle. Souvestre encontró una figura materna que la animaba en todos los aspectos: “Paso a paso, me inicié en la seguridad en mí misma”, escribió Eleanor, que siempre recordaría sus tres años en Inglaterra como los más felices de su vida.

Cuando volvió a Nueva York, con dieciocho años, Eleanor era una persona totalmente nueva, que caminaba erguida y confiada desde su casi metro ochenta de estatura. Tras su debut en la alta sociedad neoyorquina, su misión consistía en ir de fiesta en fiesta. Aunque era una es-

tupenda bailarina, aquellos eventos le suponían “una completa agonía”. Sin embargo, no todo fueron torturas: por entonces empezó a frecuentar a un primo en quinto grado, Franklin Delano Roosevelt, estudiante brillante y carismático de la Universidad de Harvard. Como explicó el biógrafo Joseph Lash, eran completamente opuestos en el plano emocional. Franklin fue un hijo único, también de familia adinerada. Ado-



UNOS JÓVENES Eleanor y Franklin D. Roosevelt sentados en un porche hacia 1904.

¿LA AMANTE ELEANOR?

Misteriosas (o inexistentes) relaciones sentimentales



SI FRANKLIN D. ROOSEVELT tuvo dos probadas relaciones extramatrimoniales, Eleanor también mantuvo relaciones intensas en su vida de casada. El alcance de las mismas son motivo de encendidas polémicas entre algunos de sus biógrafos. Los hay quienes, como Geoffrey Ward, remiten a lo que Eleanor dijo a su hija tras descubrir el affaire de su marido con Lucy Mercer: “El sexo era un sufrimiento que tenía que aguantar”, y aseguran que olvidó este tema para volcarse en el trabajo.

OTROS, COMO BLANCHE Wiesen Cooke, afirman que la primera dama tuvo

más relaciones: primero con su guardaespaldas Earl Miller, y más adelante con la periodista Lorena Hickok. Los rumores sobre el lesbianismo de Eleanor también se basan en su estrecha amistad con mujeres como Nancy Cook (ambas en la imagen) y Marion Dickerman: intelectuales independientes y feministas que convivían en lo que se describía como un “matrimonio de Boston” (expresión del siglo XIX que no implicaba necesariamente la existencia de una relación sexual). En lo que sus biógrafos coinciden es en que la influencia de estas damas fue clave para forjar el activismo y la autoestima de Eleanor.

Roosevelt & Roosevelt

Tras una luna de miel por Europa, los recién casados se instalaron en Springwood, la casona de la familia de Franklin en Hyde Park, estado de Nueva York. Allí reinaba Sara, la dominante suegra de Eleanor, y por ello ésta nunca se sintió a gusto en la mansión. En 1906 dio a luz a Anna, la primera de sus seis hijos, de los cuales moriría uno (Franklin Jr.) pocos meses después de nacer.

Durante aquella primera etapa Eleanor se dedicó a la familia. No obstante, los que en apariencia fueron unos años de vida doméstica privilegiada y anodina resultaron cruciales para forjar su ajetreada trayectoria futura. Para empezar, el matrimonio no funcionaba: todo aquello que al inicio les había atraído al uno del otro se había convertido en fuente de conflicto. Eleanor, incapaz de mantener una conversación banal, no soportaba los numerosos actos sociales a los que tenía que acudir con su marido. Franklin, por su parte, la consideraba intransigente y estirada, mientras que ella empezaba a desconfiar del encanto que derrochaba su pareja. No iba errada: en 1918 descubrió que la engañaba con Lucy Mercer, la elegante secretaria que había contrata-

EL MATRIMONIO NO FUNCIONABA: TODO LO QUE LES HABÍA ATRAÍDO DEL OTRO ERA AHORA FUENTE DE CONFLICTOS

do para ayudarla con su voluminosa correspondencia. En aquel entonces el matrimonio residía en Washington, ya que Franklin era el secretario adjunto de la Marina, puesto que implicaba una actividad social importante.

Cuando supo de la aventura, Eleanor escribió a su amigo Joseph Lash: “Mi mundo se derrumbó y, por primera vez, me enfrenté con honestidad a mí misma y a mi entorno”. Le ofreció el divorcio a Franklin, pero él se negó: entre otras cosas, hubiera supuesto el final de su carrera política. Sin embargo, accedió a las demandas de su mujer de no ver nunca más a su amante y de dormir en habita-

rado por su padres, pasó su infancia entre un buen colegio, viajes por Europa y largos veranos en hermosas casas junto al mar. Educadísimo, inteligente y buen conversador, las visitas describían al futuro presidente como “un niño encantador, siempre feliz y radiante”. Nada que ver con la criatura retraída y falta de amor que fue Eleanor.

En cualquier caso, conectaron. Franklin no había conocido nunca a una chica como aquella extraña prima lejana, totalmente desinteresada por los bailes de debutantes. Le fascinaron su inteligencia y naturalidad, su elocuencia y sus ganas de cuestionarlo todo. Eleanor ya

colaboraba en causas sociales, dando clases a niños de las barriadas neoyorquinas. Se enamoraron rápidamente y se casaron el día de San Patricio, en marzo de 1905. Querían una ceremonia discreta, pero la presencia del tío paterno de la novia, ya presidente de Estados Unidos, lo hizo imposible. “El tío Ted” llevó a Eleanor al altar y les robó completamente el protagonismo. Tras el intercambio de anillos y el beso de rigor, Eleanor se convertía en Roosevelt por partida doble. El popular presidente republicano declaró ante el jolgorio general: “¡Bien, Franklin, no hay nada como mantener el apellido en la familia!”.



FRANKLIN D. ROOSEVELT (en el centro) saluda en la campaña presidencial de 1932. Ante él, Eleanor.

ciones separadas. Bernard Asbell, otro de los biógrafos de Eleanor, aseguró que aquello fue un alivio, ya que para ella —como confesó a su hija Anna— el sexo era “un sufrimiento que tenía que aguantar”. Aquella crisis fue un punto de inflexión en su vida. Dejó de sentirse culpable por querer hacer cosas al margen de la familia. Aplicó su energía prodigiosa a diversas causas humanitarias, y pronto descubrió que poseía talento organizativo, gran capacidad de juicio y de trabajo.

Lejos de la Casa Blanca

Otra desgracia, sin embargo, unió de nuevo al matrimonio. En 1921, durante

unas vacaciones, Franklin contrajo la poliomielitis. Tenía 39 años, y el ataque fue tan virulento que afectó a la movilidad de sus piernas. Luchó durante años por caminar, pero nunca volvió a hacerlo sin ayuda. “Mi impresión es que Eleanor fue crucial en ese momento para convencer a su marido de seguir en política”, explica a **HISTORIA Y VIDA** David Stafford, autor de un ensayo sobre Roosevelt y Churchill. “Sara, la madre de Franklin, era una mujer muy dominante: le hizo la vida imposible a Eleanor durante los primeros años de matrimonio y quería que su hijo dejara la política por su enfermedad. Pero en este aspecto, Eleanor ganó

la batalla a su suegra, lo que fue esencial para marcar el camino de Franklin Delano Roosevelt hacia la presidencia”, concluye el historiador. Según Anna, la hija de los Roosevelt: “La polio fue determinante a la hora de unir mucho más a mis padres [...]. Encontraron intereses mutuos a un nivel totalmente diferente”. Mientras Franklin se sometía a una dura rehabilitación, dejó en manos de Eleanor el mantenimiento del apellido Roosevelt en el terreno público. Y ella lo hizo a la perfección. Su labor como conferenciante y miembro del Partido Demócrata fue vital para la elección de su marido, en 1928, como gobernador de Nueva York,



ELEANOR ROOSEVELT con un grupo de soldados durante un acto en la Casa Blanca, junio de 1942.

el trampolín que lo llevaría cuatro años más tarde a convertirse en presidente de Estados Unidos. Tras el crac bursátil de 1929, el país estaba sumido en una tremenda depresión económica, y confió de forma masiva en su programa de gasto público para salir del bache. El día después de su toma de posesión (“Muy solemne y un poco atemorizante, describió Eleanor”), Roosevelt puso en marcha el New Deal. El célebre plan de rescate económico tuvo en Eleanor a su mejor aliada. Si ningún presidente había hecho tanto y tan rápidamente en sus primeros cien días de gobierno, tampoco había habido una primera dama tan acti-

va y comprometida. Durante el New Deal, Eleanor forjó su leyenda de trabajadora incansable. Recorrió el país convertida “en las piernas y los ojos del presidente”. A menudo se desplazaba en tren y sin agentes de seguridad, para saber de primera mano cómo estaba la población y de qué manera se estaban implementando las políticas de ayuda. Como describe la historiadora Doris Kearns Goodwin, la gente estaba tan acostumbrada a sus viajes que hasta los trabajadores de los lugares más míseros y remotos la reconocían. Veían como la cosa más normal del mundo que la mujer de su presidente estuviera junto a ellos,

en un campo embarrado, preguntándoles qué necesitaban. Eleanor pasaba tanto tiempo fuera de Washington que un diario de la ciudad publicó en una ocasión este irónico titular: “¡La Sra. Roosevelt pasa una noche en la Casa Blanca!”. Eleanor modernizó el rol de mujer del presidente. Se convirtió en una primera dama hiperactiva, feminista y activista. Su curiosidad insaciable le hacía interesarse por numerosos temas, y su valor e iniciativa propulsaron numerosos cambios. Asesorada por su íntima amiga la periodista Lorena Hickok, decidió dar conferencias de prensa solo para mujeres periodistas. Su intención era animar

a los periódicos a contratar reporteras, que estaban sufriendo más despidos que sus colegas masculinos en el marco de la crisis. Hickok también la instó a escribir su propia columna, “My Day”, que se publicaba seis días a la semana en los principales diarios del país. Su correspondencia era tremendamente abultada: un año después de la primera investidura de Franklin, Eleanor y su equipo habían respondido 300.000 cartas de ciudadanos norteamericanos. Roosevelt se sentía muy orgulloso de la infatigable labor de su “Missus” (su “doña”, como la llamaba cariñosamente), que le mantenía al tanto de todo tipo de

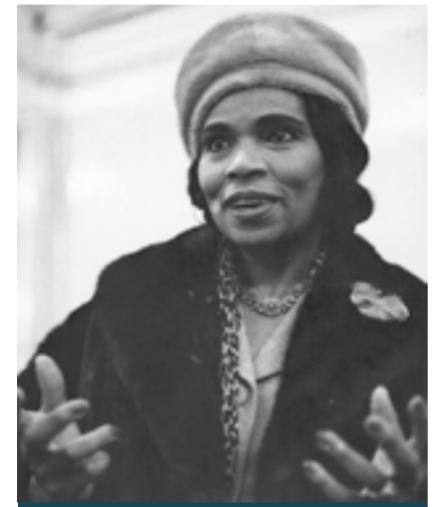
asuntos a través de un curioso sistema de comunicación privada entre el matrimonio. En la habitación del presidente había un lugar reservado para “la cesta de Eleanor”, en la que ella le dejaba notas, memorandos, cartas e informes sobre cuestiones concernientes al pueblo americano que ella consideraba importantes. Durante aquellos años, el matrimonio fue el eje de una efectiva administración. Franklin sería reelegido presidente en otras tres ocasiones: 1936, 1940 y 1944 (a partir de este hecho, se cambió la Constitución para limitar los futuros mandatos).

Una persona peligrosa

Con el estallido de la Segunda Guerra Mundial y la posterior participación estadounidense en la misma, la influencia de Eleanor sobre su marido se resintió. Roosevelt encontró un nuevo amigo y aliado en Winston Churchill, lo que no fue del total agrado de Eleanor. David Stafford narra cómo, en una visita del primer ministro británico a la Casa Blanca, Eleanor los vio discutiendo animadamente sobre temas militares. “Semejaban dos niños jugando a los soldaditos. Parecía que se lo estaban pasando

LA II GUERRA MUNDIAL ACERCÓ A ROOSEVELT Y CHURCHILL, Y MENGUÓ LA INFLUENCIA DE ELEANOR SOBRE SU MARIDO

de maravilla, demasiado de maravilla, de hecho. De alguna manera, aquello me entristeció”, observó. En aquellos últimos años de mandato, la relación de Roosevelt con Missy LeHand, su secretaria personal, era un secreto a voces. Sin embargo, ello no parecía molestar mucho a Eleanor. Sus continuos viajes y compromisos le hacían imposible atender a su marido y las responsabilidades sociales de la Casa Blanca. LeHand, una mujer guapa y capaz, se había convertido en alguien indispensable: tanto podía ejercer de anfitriona en una cena como corregir un discurso oficial o prepararle un cóc-



LA BUENA SENDA Eleanor, pionera en la lucha por los derechos civiles.

EL CONSTITUTION HALL, en Washington, era el auditorio más grande y prestigioso de la capital. También constituía la sede de las Hijas de la Revolución Americana, una asociación que promovía el patriotismo de una forma bastante agresiva, con ideas racistas, como que en el Hall solo podrían actuar personas de raza blanca. Cuando, en 1939, la Universidad de Howard solicitó el uso del auditorio para un concierto benéfico de Marian Anderson (en la imagen), la respuesta fue no. Anderson, contralto de renombre mundial, era de raza negra.

LA NEGATIVA PROVOCÓ una gran polémica, y Eleanor Roosevelt no fue ajena a ella. Apoyó a la artista de inmediato, condecorándola e invitándola a actuar en la Casa Blanca. Pero, pese a la táctica insinuación, las Hijas de la Revolución seguían sin ceder. Así pues, Eleanor dimitió de esta organización (de la que fue hecha miembro tras convertirse en primera dama), lamentando que hubiera desaprovechado la oportunidad de “ir por la senda de la tolerancia”. A continuación, ayudó a organizar un concierto gratuito de Anderson en el Lincoln Memorial, al que acudieron 75.000 personas y que fue radiado en todas las emisoras públicas del país. El evento fue presentado con esta frase: “La genialidad no conoce la segregación racial”.



ROOSEVELT con sus secretarías Grace Tully (en el centro) y Missy LeHand (a la dcha.), 1932.



ELEANOR ROOSEVELT con la Declaración Universal de los Derechos Humanos, 1948.

tel al presidente, de quien estaba completamente enamorada. “Missy aligeraba el sentido de culpa de mi madre”, apuntó su hijo Elliott a Doris Kearns Goodwin. “Saber que ella siempre estaba allá le permitía ir y venir sin tener que preocuparse por mi padre o sentir que descuidaba sus deberes como esposa”. Durante la guerra, Eleanor se concentró en lograr del presidente la garantía de que los valores del New Deal no fueran sacrificados. Siguió batallando por los derechos sociales y civiles en Estados Unidos, pero también dedicó sus ingentes energías a temas relacionados con el conflicto. Tras el bombardeo japonés a Pearl Harbor, intentó prevenir el internamiento de ciudadanos americanos de origen nipón. En 1942 viajó a Londres para supervisar los programas de defensa civil y contribuir a la moral de las tropas. Que nunca fue alguien que se mordiera la lengua se demuestra en el reproche que le hizo a Churchill

en una cena, al preguntarle por qué ni Gran Bretaña ni Estados Unidos habían hecho nada más por ayudar a la república española. Un año después estuvo en diecisiete islas del Pacífico visitando a centenares de soldados heridos. Sus ideas progresistas y su involucramiento con el movimiento de los dere-

PESE A LAS CRÍTICAS DE ALGUNOS SECTORES POR SU ACTIVISMO, FRANKLIN NUNCA INTENTÓ FRENARLA

chos civiles hicieron que, especialmente en el sur del país, algunos la consideraran “la persona más peligrosa de Estados Unidos”. El presidente, sin embargo, nunca intentó frenar sus actividades. Tras casi cuatro decenios de matrimonio, admiraba sin reservas el compromiso y la determinación de su esposa. “Solo me gustaría que no estuviera siempre tan condenadamente ocupada”, le confió a su hijo Elliott. De hecho, Eleanor

no estaba presente cuando, en abril de 1945, Franklin falleció a causa de una hemorragia cerebral en su residencia de la población balneario de Warm Springs, en el estado de Georgia. Sí estaba Lucy Mercer, aquella primera amante a quien había seguido viendo, pese a lo que le prometió a Eleanor años atrás.

Tras la desaparición de Franklin, Eleanor, en estado de choque, creyó que podría concentrarse en la escritura y en su familia sin abandonar sus causas sociales. Pronto se dio cuenta de que no iba a ser capaz. Rechazó la posibilidad de postularse como vicepresidenta con Harry Truman, el sucesor de Roosevelt, pero no pudo negarse a otra oferta: encabezar la delegación estadounidense en la recién creada Organización de las

Naciones Unidas, impulsada por su esposo. Allí Eleanor desempeñó la tarea que consideró su legado más importante: fue la presidenta de la comisión encargada de redactar la Declaración Universal de los Derechos Humanos. Pese a no ser una experta en leyes, fue el miembro más influyente. Como hizo durante toda su vida, combatió la inseguridad que sentía por sus lagunas académicas con un trabajo intenso y muchísima preparación. Su aportación fue “evidente e indiscutible”, asegura la historiadora Mary Ann Glendon.

Haciendo historia

Las sesiones, presididas por Eleanor, fueron maratónicas (algún delegado comentó que sus derechos humanos eran violados por la duración de las reuniones). Sin embargo, su empatía, sensibilidad y experiencia política condujeron a la comisión a redactar y consensuar el histórico documento, que

se adoptó en la Asamblea General de la ONU el 10 de diciembre de 1948. Eleanor Roosevelt tenía 64 años y fue ovacionada por todos los miembros de la asamblea, puestos en pie. La entonces ya “primera dama del mundo”, como la apodó Truman, permaneció en Naciones Unidas cinco años más. Entre otras cosas, ayudó a impulsar Unicef. Dimitió de su cargo tras la llegada del republicano Eisenhower al poder, en 1953, aunque volvió en 1961, a propuesta del presidente Kennedy. Sus últimos años los pasó trabajando en distintas causas, dando conferencias y escribiendo su columna “My Day”. Murió en Nueva York en 1962, a los 78 años. Está enterrada junto a su marido en el jardín de rosas de la casa de los Roosevelt en Hyde Park. Allí reposan dos individuos imprescindibles para la historia del siglo xx. No sin dolor y con mucho trabajo, Eleanor supo complementar con su poderosa personalidad la de su marido. Él fue el

político. Ella, la activista. Se convirtió en la mejor aliada de un hombre para quien fue: “La mujer más extraordinaria e interesante que nunca he conocido”. ■

PARA SABER MÁS

MEMORIAS
ROOSEVELT, Eleanor. *The Autobiography Of Eleanor Roosevelt*. Cambridge, Mass. (EE UU): Da Capo Press, 1992. En inglés.

ENSAYO
GLENDON, Mary Ann. *Un mundo nuevo. Eleanor Roosevelt y la Declaración Universal de Derechos Humanos*. México D. F.: Fondo de Cultura Económica, 2011.
GOODWIN, Doris Kearns. *No Ordinary Time. Franklin and Eleanor Roosevelt: The Home Front in World War II*. Nueva York: Simon & Schuster, 1994. En inglés.

LASH, Joseph P. *Eleanor and Franklin: The Story of Their Relationship, based on Eleanor Roosevelt's Private Papers*. Nueva York: W. W. Norton & Company, 1971. En inglés.